



OPRAS DEL AUTOR

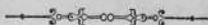
- Quintas de guerra
El alcalde rogado
Lo que parece y no es
A la Habana me voy
El soldado
A guerra
Antes de amanecer
Los españoles
Por un portugués
El coronel
Lo que es del otro mundo
Toda para la guerra
Adelante
El hijo de un Excmo. Sr. (Jefe de los ejércitos)
La primera y la última
El general (toma en tres actos y un prólogo)
La familia Peralta. Comedia en tres actos
El hijo de los amigos

MARGARITA

JUQUETE COMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DOLORES GORTAZAR SERANTES



ESTRENADO CON ÉXITO EXTRAORDINARIO

EN EL

TEATRO DE LEÓN

en la noche del 7 de Noviembre de 1895



LEÓN: 1895

Establecimiento tipográfico de MARIANO GARZO

PLAZA MAYOR

ES PROPIEDAD:

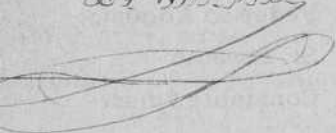
Queda hecho el depósito que marca la Ley

Personajes	Actores
Margarita.. . . .	Srta. Cob.
Jeroma.. . . .	Sra. Imperial.
Juan.	Federico Augusto.
Don Diego. . . .	Sr. Soriano
José.	Constante Viñas.

LA ESCENA PASA EN LEÓN

mi distinguido amigo, el ilustrado Director
de "El Campesino" D. Esteban Hoxan, en
signo de gratitud y reconocimiento,

La autora



Á mi querida amiga Elvira Sanz de Sanz

Amiga mía: En prueba del verdadero cariño que desde niñas nos profesamos, tengo el gusto de dedicarte mi primera producción teatral.

Tu sincera amiga,

Lola.





NO
CAMPEÓN

La escena representa un gabinete elegantemente amueblado. Puertas laterales en el fondo. En el primer término de la izquierda un balcón.—La escena aparecerá en desorden, y Jeroma irá colocando los muebles conforme está hablando.

ESCENA PRIMERA

JEROMA.

¡Qué mareol estoy cansada,
ni un momento de sosiego;
desde que marchó D. Diego
la casa está trastornada.
En siete días de ausencia
¡qué cambio de arriba abajo!
es trabajar á destajo,
y ya pierdo la paciencia.
¡Qué á gusto y feliz vivía
con tanta tranquilidad,
y perderla hoy, á mi edad!
pasando la noche y día
en continuo movimiento,
haciendo mil artimaños,
¡yo que pasé tantos años
sin moverme del asiento!...
Sentada junto al hogar
sonriendo placentera,
daba allí, á la cocinera,
lecciones para guisar
(Con entusiasmo)
Con tan hábil profesora
hacía Julia primores.
¡Hay que guisados señores,
que siempre daban la hora;
excitaba el apetito
el aromático olor;
pero se marchó el señor,
y ha empezado el señorito

á reformar la cocina
y el estofado destierra
y mis guisos van á tierra
porque es de buen tono y fina,
la moda que impera sola,
entre gentes de elegancia
guisar á estilo de Francia.
¡Pobre cocina española!
tan sana, sabrosa y rica
desprecian tus alimentos
por esas salsas y unguentos
que parecen de botica.
De los franceses reniego
por inventar tal comida.
Volveré á la antigua vida
en cuanto llegue D. Diego.
Volveremos al reposo
también, y no habrá mareo,
y se acabará el jaleo
de ese joven revoltoso
que tiene cabeza inquieta,
sin formalidad, ni juicio.
¡Se ha salido de su quicio,
ha perdido la chaveta!
¡Cuánto trasnochó señor!
si vino al rayar el día,
y por eso todavía
que duerme á más y mejor.
No tiene gana maldita
de pensar en su futura,
esa linda criatura
que se llama Margarita.
La que á mis pechos crié;
la que hacía mis delicias,
á la que tiernas caricias
en su infancia prodigué.
¡Si la quiero con exceso!
Tengo deseos de verla,
y entre mis brazos cojerla
para darla un fuerte beso.
Esta noche ha de llegar,
(Señalando hacia la izquierda)
y ese gandúl aún durmiendo.
Si no despierta, corriendo
le he de hacer espavilar.
(Suena estrepitosamente el timbre)
¡El timbre van á romper!
El que llama se impacienta.

¿Si será alguna sirvienta
que me vendrá á pretender?
Dios me dé buena elección
para escogerla juiciosa,
no me resulte otra cosa
porque anda cada pendón...

(Entra José por el fondo en traje de aldeano tocando la pande-
reta y cantando).

ESCENA II

JEROMA.—JOSÉ

JOSÉ. A cujer el trébole,
los mis amores ván.

¡¡Ujujú!! (*Dá un grito*).

JEROMA.

(*Corre á contener á José*).

¡Que despiertas á D. Juan!
¡Qué algarabía, qué grito!
Calla, bárbaro, animal
que no estamos en Ferral,
y si sale el señorito
ya te dará á tí el estruendo.

JOSÉ.

¿Se enfada señá Jeroma?
Pus unque baile de groma
no amolesto, á naide ufendo.
No me aponga ese cariz.
Vaiga, que al brincar creiba
que mal denguno la aciba,
purque soy un enfeliz.
Y al dar cuatro cantaridos
y un retoque de pandero,
es que de gusto me muero.

JEROMA.

¡Pero si das alaridos!

JOSÉ.

Quién me había de decir
que á Ferral yo golvería,
y que pur soldau me iría
allá en la Cuba á morir.
Me daba una tembladera...
Ansina como respetos,
quando hablaban de insurretos,
que me daba una dentera...
Y pensando en el gomito,
me quedé más descomido...

JEROMA.

Pero al fin libre has salido.

JOSÉ.

Se lu débito al señorito.

¡Quando le veu me pirro!

JEROMA.

Cuán to anduvo por librarte.

- JOSÉ. (Llevándose la mano á la nariz).
Y probó salvo la parte,
que yo teniba un esbirro.
- JEROMA. Regolvió todo León.
Y hubiese revuelto á Francia.
- JOSÉ. Metió al médico una istancia
allá en la Deputación...
(Hace con los dedos ademán de entregar dinero)
Cuando pensaba en la Habana,
teniba como una pena.
Al dejar á mi morena
lluraba con tanta gana.
(Entusiasmado)
Es mi moza culorada,
lo mesmo que una guendilla,
y tiene una panturrilla
que es de todos ponderada,
tan gorda como un jamón.
¡Cómo la envidian! Los mozos
á porfía, qué retozos
la dan en el filandón!
- JEROMA. (Admirada).
¿Lo consientes? En verdad
me hace gracia tu frescura.
- JOSÉ. ¿Purque nó? si es galanura.
(Encogiéndose de hombros)
Cosas de la mocedad.
- JEROMA. ¡Qué disparate! ¡qué excesos!
(Será templada la chica).
- JOSÉ. (Ya quisiera la viejica
que la dieran cuatro besos).
(Con reconvención).
- JEROMA. ¿Y no sabes bribonazo
que es pecado el retozar?
- JOSÉ. (Pus la voy á hacer pecar).
Señá Jeroma... un abrazo!
(La abraza toscamente, Jeroma le rechaza indignada)
- JEROMA. Dios me asista ¡San Antonio!
¡Qué atrevido, qué ademanes!
- JOSÉ. No haga tantos espravanes,
que bien la gusta, ¡demonio!
- JEROMA. No lo puedo consentir.
¡Que te propasas José!...
- JOSÉ. Vaiga, no se enfade usted
pero voy á repetir.
(Vuelve á abrazar á Jeroma, la que vuelve á rechazarle con indignación).
- JEROMA. ¡Como te acerques á mí,

te saldrá caro el cinismo.
Vete borrico, ahora mismo
que me enfado al verte aquí.
Mira, que sino hay función,
por que la ira me abrasa.

JOSÉ.

(Compungido).
¿Conque me echa de su casa?
Me marcharé de León.
Y se lu diré á D. Juan.

(En tono llorón).
Soy hijo de su casero
y al señorito lu quiero
purque le como su pan.
Y le soy un perro fiel.
El lu tiene que asentir
purque me mandó venir,
y me tiene mucho *aquél*.

JEROMA.

Y diré á D. Juan que mientes!

JOSÉ.

¿Pues no me acaba de echar?

JEROMA.

A la cocina á bailar,
Márchate allí no me tientes!

JOSÉ.

(Con alegría)
Predone señá Jeroma.
(Armaré allí la jerana)
Todo jué por una groma.

JEROMA.

(Indicándole que se vaya)
¡Vete al lado de tu hermanal
(Se vá por el fondo José cantando)

JOSÉ.

A cujer el trébole...
la noche de San Juan.

JEROMA.

Es un mozo muy barbián,
Pero toscas sus maneras
Ella y él, ¡qué dos hermanos!
no parecen aldeanos,
parecen un par de fieras.

(Vuelve á sonar el timbre)
Vuelta otra vez á llamar.

¡Ay si fuese una criada,
quedaba pronto ajustada.
Me canso de trabajar!

(Jeroma se vá hácia el fondo)

ROSA.

(Desde dentro)
Si usted no me necesita...

MARGARITA.

(Desde dentro)
Desenvuelve el equipaje.
Vete arreglando mi traje.

JEROMA.

(Con alegría)
¡Es la voz de Margarita!

ESCENA III

JEROMA.—MARGARITA

(Entra Margarita por el fondo, vestida con elegancia, en traje de calle, y se arroja en los brazos de Jeroma.)

- MARGARITA. ¡Jeroma!
JEROMA. ¡Hija! ¡Qué alegría!
MARGARITA. Dame un abrazo apretado.
JEROMA. ¡Y qué sorpresa me has dado!
(Vacilando)
No pensaba... todavía...
á estas horas... ¿Cómo ha sido
el venir en este tren?
MARGARITA. Voy á explicártelo bien.
Te contaré lo ocurrido.
JEROMA. (Yo no sé lo que me pasa.
¿Qué diré del señorito?)
MARGARITA. (Con misterio, cojiéndola una mano).
De tu ayuda necesito.
Mas, dime, ¿Juan está en casa?
JEROMA. (¿Cómo la digo que sí,
y que se encuentra acostado?)
(Turbada)
El señorito... ocupado...
MARGARITA. (Aparte). (¡Vacila!) Jeroma, dí
la verdad, sinceramente,
y no temas, no, enojarme.
Vuelve otra vez á abrazarme
(Se abrazan)
Y mírame frente á frente.
(Con viveza)
¿Por qué inclinas la cabeza?
¿á qué viene ese recelo?
¿por qué no calmas mi anhelo?
¿por qué no hablas con franqueza?
¿No ves mi inquietud, mi afán?
JEROMA. (¡Qué diré triste de mí!)
MARGARITA. ¿Por qué me miras así?
¿qué le sucede á mi Juan?
JEROMA. (Vacilante)
No sé que hacer. Se lo digo.
Se lo diré; pero luego.
(Con extrañeza)
Dime, ¿dónde está D. Diego?
¿por qué no viene contigo?

MARGARITA. El en Madrid se ha quedado.
Y esta noche ha de llegar.

(Con resolución)

Te lo voy todo á contar.

JEROMA. ¿Pero sola te ha dejado?

Me llenas de confusión.

MARGARITA. ¡Cuánto he pasado en un día!

(Se sientan)—(Con cariño)

Jeroma, ¡nodriza mía,
te abriré mi corazón!

JEROMA. No sé que tiene tu acento
que me penetra en el alma.

(Con interés marcado)

¿Qué tienes?

(Se sientan las dos en un sofá)

MARGARITA. (Con sentimiento)

Perdí la calma.

Y yo no sé lo que siento!...

La orfandad, desde la cuna
en su manto me envolvió.

Triste mi infancia pasó
entre tan negra fortuna.

Como flor que crece sola
y en los rigores de estío,

no siente el dulce rocío
que refresque á su corola.

Así crecía inocente
sin disfrutar las delicias

de esas amantes caricias

que solo una madre siente.

(Señalando hacia el cielo)

Ella veló desde el cielo
por su pobre Margarita,

y la tierna huerfanita

encontró amparo, consuelo,

en D. Diego su tutor,

y en su nodriza querida.

JEROMA. (Con entusiasmo y cariño)

¡Te quiero más que á mi vial!

Cifro en tí mi puro amor.

Eres niña, mi embeleso,

apoyo de mi vejez.

Deja que estampe otra vez

en tu boca un dulce beso!

(La besa)

MARGARITA. En tu cariño confío.

¿Me ayudarás en mi empresa?

JEROMA. Tu misterio me interesa,
¡dímelo pronto bien mío!

MARGARITA. (Confidencialmente se aproxima más hacia Jeroma)
Cuando me dejó D. Diego
en el colegio, y se fué,
el llanto pronto enjugué.
Me consolaba en el juego
con mis buenas compañeras
en las horas de recreo.

(Con alegría)

¡Qué algazara! ¡qué marco!
Si tu Jeroma supieras
nuestros juegos y diabluras,
reirías á carcajada,
una hora continuada.

JEROMA. ¡Qué inocentes criaturas!

MARGARITA.

(Con gravedad)

Los años fueron pasando.
La niña se convertía
en mujer; ya no corría
con tanta gana jugando.
Un día que fué D. Diego,
como siempre á visitarme,
dijo pensaba casarme
con su hijo; me dió luego
su retrato: le guardé
como reliquia en el seno.

(Con persuasión)

¡Debía de ser tan bueno
mi novio Juan! que le amé
sin conocerle ni hablarle.
Y sus cartas recibía,
Y con placer las leía.
Más deseaba tratarle,
lo hacíamos por escrito

(Entusiasmada)

Y cada vez más le amaba,
Y mi deseo aumentaba
de conocer á Juanito.
Pero sondear quería
de mi novio el corazón,
ver también si su pasión
era intensa cuál la mía.
Un proyecto concebí
y cuando llegó D. Diego
fué tan ardiente mi ruego,

que al punto le convencí.

(Mirando á los lados con temor de ser oída)

Todo pude conseguir.

Y con mi doncella Rosa,
que es tan formal y juiciosa
al fin me dejó venir.

(Con misterio)

Y ayer, á León llegamos
con gran sigilo las dos.

JEROMA.

(Asustada)

¡Pero muchacha por Dios!

MARGARITA.

Y en Rueda nos hospedamos.

JEROMA.

Tu intención no la adivino.

MARGARITA.

Ocultando nuestra faz,
en caprichoso disfraz
nos lanzamos al Casino.

JEROMA.

(Asombrada)

¡A un baile de Carnaval!
¡Qué barullo!

MARGARITA.

¡Me aturdí!

JEROMA.

¡Ir á meterte hija mía
en aquel foco infernal!

MARGARITA.

Era tan grande mi afán
que al barullo me lancé.
Y con ansiedad busqué
entre los hombres, á Juan.
En medio del turbión
no tardé mucho en hallarle,
me acerqué, y al ir á hablarle
sentí tan honda emoción,
que un instante vacilé,
y Rosa, me reanimó.
Ella, primero empezó,
y después yo continué.
Al principio nos oía
Él indiferente, frío.
Y al poco rato, ¡Dios mio!
de qué modo nos seguía!
Y su interés fué aumentando.
Conmigo misma Jeroma,
le daba tan grande broma,
y él contestaba negando.
Cuando me invitó á bailar
desfalleció mi valor.
Cuando me habló de su amor,
¡qué rato me hizo pasar!
Al expresar su pasión,
cada palabra galante,

era una espina punzante
que me hería el corazón!

(Con despecho y resentimiento)

Su adorada Margarita
la colegiala inocente,
se borraba de su mente
por extraña mascarita.
De mi misma tuve celos
francamente te lo digo,
y pensé que era un castigo,
que me mandaban los cielos,
por mi ligera imprudencia,
y por poco mi delito,
se lo confieso á Juanito;
pero al ver que en su demencia
olvidaba á Margarita,
merecía una lección,
y accedí á su pretensión
concediéndole una cita.

JEROMA.

¡Qué traición! ¡que alevosía!
¡olvidar tu amor así!
Nunca en D. Juan lo creí.
¡Ay que hombres hija mía!
Solo les domina el vicio,
y solteros y casados,
están hoy tan maleados
cuál las mozas de servicio!
Jugando con el amor,
ignoran lo que es virtud.

MARGARITA.

Juzgas á la juventud
con excesivo rigor.
Y no es Jeroma prudente
juzgarla de esa manera.
No seas no, tan severa.
Es preciso ser clemente
perdonando esa locura,
que es natural en su edad;
después la formalidad
viene, y la mente se cura.
Realizado el matrimonio,
el calavera ha sentado.

JEROMA.

O se ha puesto rematado
y es su casa un manicomio!

(Margarita se levanta sobresaltada, mirando hacia la izquierda).

MARGARITA.

Alguien viene por allí.
¿Siento pasos? ¿Será Juan?

¡Que va á fracasar mi plan!
¡Vámonos luego de aquí!

JEROMA.

(Mirando también hácia la izquierda)

Sus pasos estoy sintiendo,
El señorito, allí viene!

(Jeroma lleva á Margarita hacia la puerta de la derecha.—Margarita se detiene un instante en el dintel como si vacilase en entrarr).

¿Qué es lo que así te detiene?
¡Adentro! ¡pronto! ¡corriendo!

(Se van las dos)

ESCENA IV

JUAN.

(Entrando por la izquierda)

¡Qué grata, qué feliz noche!
¡qué baile, qué animación!
resplandecía el salón!
Era de lujo un derroche!

(La recitación con entusiasmo y vehemencia)

¡Qué mujeres más hermosas!

¡Qué variedad en los trajes!

Entre las sedas y encajes

parecían mariposas
bullendo y aleteando.

¡Qué ligeras se agitaban,
y por el salón cruzaban,
entre las flores volando
con inquietud y viveza.

Otras, bajo el antifáz

de caprichoso disfráz,

ocultaban su belleza,

y bromeando, traviesas

aturdian sin igual!

¡es que no tienen rival!,
nuestras jóvenes leonesas.

Por una paisana mia,

di á Margarita al olvido.

(Con marcado entusiasmo)

¡Qué dominó, qué atrevido!

Con qué gracia me aturdía.

Indiferente, glacial

al principio la escuché,

más después que adiviné

una hermosura ideal,

al través de la careta,

se trocó mi indiferencia

en entusiasmo y clemencia,

y mi mente, loca, inquieta,
fijó en ella su atención.
Y á la joven mascarita
rogué me diera una cita
hablándola con pasión.
Tuvo lástima de mí.
La cita me concedió,
y en el baile prometió
venir esta noche aquí.
Ante el inmenso placer
de contemplar la hermosura
de tan linda criatura,
me siento desfallecer.
Pensando en mi prometida
quise olvidar mi demencia.
¡Imposible! mi conciencia
no me acusa; está dormida.
Y aunque conmigo batallo,
y pretendo hacerme reo,
aumenta más el deseo
y de atenuarlo no hallo
medio alguno. El corazón
apasionado palpita,
por aquella mascarita
que ha turbado mi razón.

(Mirando la hora en un reloj de bolsillo)

A las seis quedó en venir.
Una hora de inquietud.
¡Qué tiempo! ¡qué lentitud!
cómo tarda en transcurrir.

(Pasea con impaciencia por la escena)

Interin llega la hora,
de que ella, acuda á la cita
mi impaciencia necesita
distraerse, se acalora
mi cabeza es necesario
que apele á la distracción.

(Cogiendo un periódico que estará sobre un velador).

Leamos *El Campeón*.
¿A ver qué dice el diario?

(Leyendo).

«Agoniza el carnaval;
recobramos la cordura»...
(Arrojando el periódico con disgusto.)
No me agrada esa lectura,
porque es noticia fatal,
anunciar que el buen humor
tan de improviso perdemos

y que cuerdos nos volvemos.
¡Qué pesimismo señor!

(Con ironía)

Que el Carnaval ha espirado
me parece un desatino.
Al menos yo me imagino
que en España es continuado.

(Con intención)

¿Nó son puras mascaradas
las del Gobierno fatal?
Nos divierte sin igual;
¡pero con bromas pesadas!

(Con sarcasmo)

Mas, es nuestra condición
tan especial, que se olvida
asistiendo á una corrida
de toros, de la Nación
de sus males, que en verdad
nadie cura. Por desgracia
no se encuentra la eficacia,
y sigue la enfermedad
tomando incremento fuerte,
porque nadie la rebate.
La pobre España se abate
vendrá la ruina y su muerte;
y llorarán cuando el mal
no tenga cura, remedio.
Ahora se encontraba el medio
aplicando la moral.
No llegará á dar el grito
de muerte, aún curaría,
la salud recobraría...

ESCENA V

JUAN.—JEROMA

JEROMA.

(Entrando por la derecha)

Gracias á Dios señorito
¡Vaya un modo de dormirl
¡De que manera roncaba!
¡Pensé no se levantaba!

JUAN.

Ya comienzas á reñir.
He pasado mala noche,
un malestar, un mareo...

JEROMA.

Claro, con el bailoteo...
y luego tanto trasnoche...

JUAN.

¡Irás á echarme un sermón?

Voy á armar contigo un cisco...
No estamos en San Francisco.

JEROMA.

(Con gravedad)

¡Calle usted calaverón!
Portarse de esa manera.
En vísperas de casarse,
nada menos que marcharse...
Si su padre lo supiera,
y lo merece el delito.

JUAN.

(Dándole un cachete en el hombro)

Vamos cálmate Jeroma,
que porque fuese de broma...

JEROMA.

(Con suave reconvención)

¡Pero por Dios señorito!
Usted que fué tan formal,
que jamás cometió exceso,
ir á perder ahora el sexo

JUAN.

(Riendo)

¿Por correr el Carnaval?

JEROMA.

Y la infeliz Margarita,
ignorándolo inocente...

JUAN.

(Paseando con viveza)

¡Ay Jeroma! estoy demente,
¡Qué mujer, qué mascarita!

(Con acento apasionado)

Talle flexible, elegante,
gallardía, gentileza!
Era quizá una belleza.

JEROMA.

(¿Habrased visio? ¡Tunantel!)...

JUAN.

Negros, rasgados sus ojos,
y cuando en mi se fijaban,
Me herían, me impresionaban.
Sus labios finos y rojos
como esmaltados corales,
dulcemente se entreabrían,
y al sonreir descubrían
perlas pequeñas, iguales.
¡Qué mujer! ¡qué angelical!
¡Y qué ingenio! me aturdía.

JEROMA.

¿Y quién sabe si sería
señorito un carcama?

JUAN.

¡Qué disparate! ¡por Dios!
Parecía una muñeca.

JEROMA.

(Con burla)

Ó fuese una vieja seca,
llena de reuma y de tos,
de cutis de pergamino,
fea, chata, con arrugas.

salpicada de berrugas.

JUAN.

(Entusiasmado)

¡Si era su rostro divino!

JEROMA.

Señorito, la hermosura
suele á fealdad encubrir,
llega el arte á corregir
los defectos de natura.

(Con intención)

Hay mujeres, que en su anhelo,
ignorando quien fué Apeles,
manejan bien los pinceles,
llegando á ser un modelo.
Y deslumbran con el brillo
de su artificio, provocan,
y el arte maestro tocan,
sin conocer á Murillo.

JUAN.

Es tu malicia infinita,
que no se pinten no juro;
pero Jeroma aseguro
no es de esas, mi mascarita.

JEROMA.

¿Quién lo sabe? No se ofenda,
el amor cubre la vista
y es facil que su conquista
cuando se caiga la venda,
se convierta en maritornes
ó en alguna Dulcinea.....

JUAN.

Pues más vale que no vea.
¡Jeroma! ¡No me trastornes!

JEROMA.

(Con risa burlona)

¡Trastornarle! ¡Qué ocurrencia!
Cosa imposible en su estado

(Con resolución)

Si está usted ya rematado,
¡incurable es su dolencia!

JUAN.

Si hubieras sentido amor
no te burláras así.

JEROMA.

Amar es ¡triste de mí!
un sufrimiento, un dolor.

(Con disgusto)

Por desgracia harto lo sé.
El amor, es un delirio,
es un infierno, un martirio,
para mí al menos lo fué.

(Confidencialmente)

Yo también tuve ilusiones,
solo un instante duraron
cuál la flor se marchitaron.
Al verlas hechas girones,



en mi amargura lloré,
mas, la calma vino luego,
y mi corazón de fuego
en hielo le trasformé.

JUAN. Por desgracia has padecido
de la suerte, los rigores.

JEROMA.

(Suspirando)

¡Ay D. Juan, de los peores
fué mi difunto marido.
El trabajo aborrecía,
era un jugador de oficio,
¡siempre en el foco del vicio!
en casa nunca dormía.
¡Y qué génio! ¡era un demonio!
¡y qué mocero! fué Paco,
íntimo amigo de Baco.

(Con energía).

Y por eso el matrimonio
me inspira horror sin igual,
y considero el casarse,
lo mismo que suicidarse
la mujer con un dogal.
Es cada hombre un Lucifer;
lleva en su alma un abismo
y en él se rompe el bautismo
la desgraciada mujer.

JUAN.

En su límpia transparencia
oculta el lago su cieno,
y la mujer el veneno
tras su fingida inocencia.
Y parece una cordera, (Con suavidad).
una infeliz desdichada,
y después que está casada (Con energía).
se convierte en una fiera!...

JEROMA.

El hombre, todo lo agosta,
torpe en su capricho, aciago,
causa señor más estrago
que en el campo la langosta.

JUAN.

No te puedo convencer,
por imposible te dejo.

JEROMA.

Deje usted que llegue á viejo
y lo podrá conocer.
En tanto que esa cabeza
venza siempre al corazón,
y al recobrar la razón
olvide su ligereza.

JUAN.

(Mirando el reloj de bolsillo).
(La máscara vá á venir)

- (Impacientándose)
Dará al traste el devaneo.
- JEROMA. (¡Eres buen pez, no te creo!)
JUAN. No sé qué voy á decir.
(Empezaré á preparar el terreno).
- JEROMA. (Observándole)
(No se atreve.
No acierta, tiembla, y no debe saber lo que vá á hablar).
- JUAN. (Se está acercando la hora).
JEROMA. (Aún el medio no ha encontrado)
JUAN. (Satisfecho por encontrar lo que desea).
(¡Qué ideal!) Soy abogado,
¿Quién lo duda?
- JEROMA.
JUAN. Una señora que es cuñada del pariente, de la suegra de un amigo, vendrá á consultar conmigo.
- JEROMA. (Con malicia)
¿Algún divorcio?
- JUAN. Es urgente el negocio, y no tardando ha de venir.
- JEROMA. (Bien urdida.)
(Suená el timbre)
- JUAN. (Con viveza y alegría)
Hazla pasar enseguida
- JEROMA. Voy corriendo, está llamando.
(Jeroma se vá por el fondo, Juan agitado se pasea por la escena.)
Hasta mareos me dán y no sé lo que me pasa...
- MARGARITA. (Desde dentro).
¿Diga oté, eta é la casa del abogado D. Juan?
- JUAN. ¡Si sospechase Jeroma, me esperaba una quimera!...
- JEROMA. (Anunciando desde el fondo).
¡Señorito, la florera! (Jeroma se vá).
- JUAN. (Con estrañeza).
Debe ser alguna broma.

ESCENA VI

JUAN.—MARGARITA

Entra Margarita por el fondo, vestida de florera murciana. Juan asombrado la contempla.

MARGARITA. Con su permiso señor.

- JUAN. (¡Una florera! en verdad no acierto)..
- MARGARITA. (Presentándole la canastilla de flores)
¡Qué variedad!
Son mis flores un primor.
- JUAN. (Mirándola fijamente)
(¡La voz de la mascarita!
¡Y sin embargo no es ella!
(Con entusiasmo)
Pero qué mujer! qué bella!
¡Ay! mi corazón palpita,
y me encuentro ya un brete).
- MARGARITA. (Ofreciéndole una maceta)
Aquí traigo el ramiyete,
una maseta benita,
la que encargó eta mañana.
- JUAN. (Con extrañeza)
¡Que un ramo yo te encargué!
- MARGARITA. Pero, ¿no se acuerda oté?
Pué digo, á fé de mursiana,
recuerde señor galán
que me vió oté hoy en la Acera,
y dijo: Ramiyetera
vete á casa de D. Juan
Fernandes de Caramelo,
á la plasa del Mercado.
Es un señor abogado.
- JUAN. Florera ¿me das camelo?
- MARGARITA. ¿No é asertado tal ves?
Si es una equivocación.....
(Margarita se inclina ante Juan).
- JUAN. (No dejaré la ocasión,
es tan vivo el interés
que esta muchacha me inspira.
¡que el alma ya se apasiona!)
(La mira con cariño. Margarita baja los ojos)
- MARGARITA. (Parece que se impresiona
y enamorado me mira)
- JUAN. (La mascarita no viene,
pasaré con esta el rato.)
- MARGARITA. (Con sentida expresión)
(¡Cómo me vende el ingrato!
¿En los hombres, quién fé tienel)
(Disimulando)
Ya me he equivocado
dispense oté, señor amo.

(Margarita hace ademán de irse, Juan la detiene con dulzura).

JUAN. Venga, florera ese ramo.
(Fingiéndole recordar)

Estoy tan desmemoriado,
que un instante me olvidé.
Ahora recuerdo murciana
que te encontré esta mañana,
y el ramillete encargué.

MARGARITA. (Entregándole el ramo)
De nácar, oro, y carmín.

JUAN. (Examinando el ramo)
¡Qué delicados colores!
Más, si son bellas las flores,
no te igualan serafín.

MARGARITA. (Riendo)
Vaya una gracia, mi niño.
Tambien oté es un gran moso.

JUAN. (Cogiendo un capullo de la canastilla)

¡Qué capullo más hermoso!

MARGARITA. ¡E má blanco, que el armiñol

JUAN. Más blancas son tus megillas.

MARGARITA. Guasón, ¿vuelve ha requebrar?

JUAN. (De emoción no puedo hablar)
(Cogiendo otras florecillas)

Y estas flores ¡qué sencillas!
nunca las ví.

MARGARITA. (En tono de reconvención intencionada)

Siempre el hombre,

las debiera de yevar,
fuera firme, en el amar.

(Con lentitud)

«No me olvides» es su nombre.

JUAN. (Con viveza, intentando coger las flores)

Hermosa, dame esas flores,
para no olvidarte á tí.

MARGARITA. (Retirando la canastilla)

Por Dio, no la toque así,
que se apagan lo colores
al contasto de la mano.

(Presentándole algunos pensamientos)

Pensamientos enlasados.

Mire oté qué variados.

JUAN. ¡Como el pensamiento humano!

MARGARITA. (Presentándole una flor)

Otra flor ¡pero está muerta!

JUAN. ¡Tan linda y está marchita!

¿Es su nombre?

- MARGARITA. (Con viveza) ¡Margarita!
- JUAN. (Impresionado, se queda pensativo)
(¡Mi conciencia se despierta!)
- MARGARITA. (Presentándole una rosa)
¡Qué rosa! qué freca y fina!
de raso y oro formada.
- JUAN. (Precipitadamente coje la rosa y la deja caer al
suelo).
¡Ay de mí!
- MARGARITA. (Con interés). ¿Qué ha sido?
- JUAN. (Disimulando Nada.
¡que me he clavado una espina!
- MARGARITA. La toca sin precaución,
y hay que cojerla con tino.
(Con intención)
¡Clava la rosa el espino,
y la duda el corazón!
- JUAN. (Con pasión)
y también hieren tus ojos
su mirada clava el alma,
y roba la dulce calma.
- MARGARITA. (Con rubor)
Por Dio, me causa sonrojos.
(¡Se expresa de una maneral)
- JUAN. (Vuelve á nacer el deseo
de otro nuevo devaneo)
Escucha ramiyetera:
(Con vehemencia)
Mi pecho por tí se agita.
Murciana, tu mano pon
aquí, sobre el corazón,
sentirás cómo palpita.
- MARGARITA. De los hombres desconfía
el alma, y de sus amores.
Tienen más vida estas flores
y solo duran un día!
- JUAN. ¿No lograré convencerte?
Hay una flor que subsiste,
la siempre-viva,
- MARGARITA. (Con tristeza) Y existe
como un recuerdo de muerte!
- JUAN. (Con entusiasmo)
Pero esa flor es eterna,
y eterno será mi amor,
¡no le trueques en dolor!
Dime una palabra tierna
siquiera por caridad

- MARGARITA. dame un rayo de esperanza!
(¿Y quién tiene confianza
ante tal volubilidad?)
- JUAN. (Suplicante)
Fija en mi niña esos ojos,
esa expresión de inocencia!
- MARGARITA. (¿Me vencerá su insistencia?)
- JUAN. Pronuncien tus labios rojos
el «sí,» que mi alma apetece.
- MARGARITA. ¡Pero señor! ¡¡qué porfía!
- JUAN. ¡Que mi razón se extravía!
- MARGARITA. (Impresionada y pensativa)
(Desfallezco, me parece
que me abandona el valor)
- JUAN. (Satisfecho)
(Se conmueve, insistiré,
y al fin todo lograré).
(Margarita retrocede algunos pasos, como si
temiera ser vencida trata de irse.)
- MARGARITA. (Con apresuramiento)
¡Siga oté bueno señor!
(Dios mio! el valor ya pierdo!
¡Ese entusiasmo me inquieta!)
- JUAN. ¿Pero esa linda maceta?
(Señalando el ramillete que estará sobre el velador)
- MARGARITA. Se la dejo, é un recuerdo
de aquel Edén de hermosura,
de la mursiana región,
de la encantada mansión
que fertilisa el Segura.
- JUAN. (Entusiasmado coje el ramo)
De tu mano, flores bellas,
me extravió, me embeleso,
(Con pasión)
Déjame que estampe un beso...
- MARGARITA. (Indignada)
¡Cabayero!
- JUAN. (Con dulzura)
¡Un beso en ellas!
(Besa el ramo)
(Margarita desde este momento irá retrocediendo
hacia el fondo hasta que desaparezca de es-
cena.—Juan presuroso la detiene y la coje
una mano, en la otra tendrá Juan la maceta
de flores. Margarita procura desasirse y no
puede, todo con rapidez).
- JUAN. Y tú no te irás de aquí,
sin acceder á mi ruego.
- MARGARITA. ¡Suelte oté!

JUAN.

Soltaré luego
cuando pronuncies el «sí»

(Margarita continúa retrocediendo. Juan la sigue
de rodillas).

¡De rodillas te lo imploro!
¿No te ablandas todavía?
¿por qué te muestras tan fría?
¿no comprendes que te adoro?

(Margarita se suelta de Juan y se va por el fondo. Juan queda de rodillas con el ramo en la mano. Jeróma entra por el fondo).

ESCENA VII

JUAN.—JEROMA.

JEROMA.

(Con burla)

Perdone usted señorito!

JUAN.

(Se levanta indignado)

De mí se burló, ¡insensata!
¡qué mujer! ha sido ingrata!

JEROMA.

(Con acento burlón).

Sin duda oraba contrito,
al cielo gracia implorando
por su pérfida traición.

JUAN.

¡Jeroma! ¡qué corazón!
siempre se está impresionando.

(Con pesar.)

No se que siento, me muero.
Me enamoré de las dos.

JEROMA.

¡Qué disparate! Por Dios,
era usted un D. Juan Cordero,
era público y notorio,
y desde anoche ha perdido
el juicio, se ha convertido
usted, en D. Juan Tenorio.

(Empieza á oscurecerse la escena figurando que
llega la noche).

JUAN.

(Con sentimiento)

La mente en vano procura
el recobrar la razón.

JEROMA.

Le tenían en León,
por modelo de cordura.
Pasaba entre calaveras
por un joven timorato.

JUAN.

¡Si jamás he roto un plato!

JEROMA.

(Con resolución)

¡Rompe vagillas enteras!
(Acercándose á Juan y colocándole una mano sobre el hombro.)

Señorito, desconfío
del hombre que mira al suelo,

(Con persuasión)

porque dá cada camelol...
porque á lo mejor ¡Dios mio!

(Con intención y energía)

si se le presenta á mano
muchacha joven y guapa,
si se descuida la atrapa
como al pájaro el milano.

(Juan disgustado se deja caer en el sofá; sin fijarse en lo que dice Jeroma. La escena se quedará totalmente á oscuras.)

JUAN.

(Ya llegó el anochecer
aún renace la esperanza,
vuelvo á tener confianza
de que venga esa mujer)

A Jeroma

Tu lengua que desatina
que cese en su habladuría.
¡Trae la luz!

JEROMA.

Recordando Si todavía
no he traído lucilina.

JUAN.

Riñendo ¡Descuido tan garrafal!
Con tu charla continuada.
La oscuridad, no me agrada.

JEROMA.

Es mi memoria fatal.
Ya me había acostumbrado
á la otra luz, y olvidé
de que hemos vuelto al quinqué.
Con haberse interceptado
ese dichoso aparato,
y no mandar D. Joaquín...

JUAN.

(Incomodado)

¿Tu charla no tendrá fin?
¡Qué pesadez! hace rato
que la luz estoy pidiendo,
y tu sin moverte nada.

JEROMA.

(Si no la tengo arreglada)
Voy señorito, corriendo.

(Se dirige á tientas hacia el fondo. Suenan el timbre dentro).

¡Dichoso timbre, no cesa!

(Juan se levanta presuroso, y escucha con alegría el sonido del timbre.)

¡Qué oscuridad! ¿Quién acierta?
¿Si encontraré al fin la puerta? (Jeroma se vá).
¿Si llamará mi leonesa?
¿si será la mascarita?
¡se ha retrasado en la hora!

JEROMA.

(Desde dentro)

Pase por aquí señora.

JUAN.

(Decidido y alegre)

¡Adelante señorita!

ESCENA VIII

JUAN. — JOSÉ

(Entra José por el fondo vestido grotescamente con traje blanco de mujer. Llevará capota y velo á la cara. Entrará andando con trabajo, como si le embarazasen la oscuridad y el vestido. Juan á tientas procura acercarse á él.)

JUAN.

(Siente sin duda rubor.
No me habla, no se atreve.
Esta oscuridad, le debe
infundir miedo, temor.
Me acercaré con dulzura
Traerá la cara tapada?)

JOSÉ.

(Voy á darme una trompada...
La cocina está mu oscura.)

JUAN.

(Ya la impaciencia me mata.
(Tropieza con José que se separa).
Huye de mí.

JOSÉ.

¿Quién rempuja
(¿Si danzará alguna bruja?)
(No puedo echar bien la pata.
¿Qué enredijos me han ponido!
traigo aquí una impedimenta...)

JUAN.

Mascarita, me impacienta
un silencio tan seguido.

JOSÉ

(Alargando el cuello)
(Paceme, que al señorito
oigo hablare por ahí juera.
¿Si mi vestimenta viera!
probe José, qué conflicto.)
(Juan vuelve á tropezar con José)
(Ya güelven al tentamiento
Pos si atizo una morrada...)

JUAN.

(Con entusiasmo)

Ven, mujer bella, adorada,
que escuche tu dulce acento.
¡No me hagas más padecer!

(Juan le coje una mano á José
(¡Qué mano tan escabrosa!)

JOSÉ

Con placer

(Qué mano tan amorosa,
pos ya me dejo cujer.)

JUAN.

Eres mi único ideal,
y cifro en ti mi esperanza,

JOSÉ.

(Yo no acompredo esa hablanza,
Porque no es la de Ferral.)

JUAN.

No sientas niña rubor,
vamos, así, no te inmutes.

JOSÉ.

(Convencido y satisfecho de haberlo comprado.
(Es hablanza de franchutes)

JUAN.

Entusiasmado

Deja que aspire el olor
de tu boca perfumada.

JOSÉ

(El olor de las sardinas
que zampé en las *Carolinas*.
Echaré otra tafarada)

JUAN

Alargando el cuello hácia el balcón
(¡Qué extraño! olor á aguardiente.
¿Vendrá de fuera el aroma?
Escucha blanca paloma,
me tienes más impaciente...

JOSÉ.

Mirando á las paredes
(Yo no veu el palumar)

JUAN.

Nó sabes bella mujer
cómo me embarga el placer,
de poder pronto admirar
ese rostro peregrino
que es encanto de mi cielo.
Deja que levante el velo.

(Juan vuelve la cabeza, con repugnancia)
(Huele á sardinas y á vino.
No me explico estos olores;
vendrán tal vez de la calle.)

(Estrechando á José con entusiasmo.)

Deja que estreche ese talle,
háblame de tus amores,
que oiga tu voz vida mia,
esa voz tan deseada.

(José dá á Juan una fuerte pisada. Juan
suelta á José con viveza.)

(Con dolor) ¡Cielo santo! ¡qué pisada!

es una caballería!
Pobres callos, qué dolor,
si las estrellas he visto.
¡Ay que angustias Jesucristo!
que caro cuesta el amor.
¡Si me ha magullado el pie!

(José sigue andando hasta que tropieza con el velador, y se cae al suelo con estrépito.)

JOSÉ. ¡Uy que trompada en feliz,
me he *rompido* la nariz!

JUAN (Asombrado)
¡Esa es la voz de José!

(Llamando.)

¡Jeroma! luz que yo vea
¡qué pasa aquí!

JOSÉ. (Juan á tientas se dirige hacia donde se encuentra José.)

¡Luz! ¡*sucorro!*
me han *rompido* todo el *morro*.
Se *jué* por la chimenea,
la bruja, vieja maldita...

JUAN. (Llamando incomodado)

Jeroma, luz necesito,

JOSÉ. (Compungido.)

¡Venga *pur* Dios señorito!

JUAN. ¡Mal haya, la mascarita!

ESCENA IX

JUAN.—JOSÉ.—JEROMA.

(Entra Jeroma por el fondo, con un quinqué encendido y le coloca sobre una mesa. Juan se acerca hacia Jeroma.)

JEROMA. Señorito, ¿aquí qué pasa?

JUAN. Lo que sucede no entiendo,

JEROMA. Hubo un infernal estruendo,
pareció hundirse la casa.

JOSÉ. ¡Venga acá, *señá* Jeroma!

(Juan y Jeroma se acercan al sitio donde se encuentra José caído, el que se levanta con trabajo. Jeroma y Juan contemplan con asombro á José.)

JUAN. (Indignado trata de pegar á José. Jeroma lo impide colocándose entre los dos)

¡Por vida de Belcebú!

JEROMA. (Riendo á carcajada)

Por Dios, ¡qué ocurrencia!

JUAN.

(Colérico amenazando á José)

Tú,

canalla!!

JEROMA.

Vaya una broma

JUAN.

(Desesperado)

¡Burlarte de mí! ¡bribón!

JOSÉ.

(Compungido)

No *acomprendo* que *arrebujas*.

Andó por aquí una bruja,
que me dió cada palpón...

(Continúa riendo Jeroma)

JUAN.

¿También tú te burlas?

JEROMA.

Toma,

esta tarde le he vestido.

JOSÉ.

Como era día de *antruido*
juí por las calles de *groma*.

JUAN.

¡Burlarse de su amo así!

JOSÉ.

Sino *aciba dengun* mal.

JUAN.

Te vas mañana á Ferral.
No quiero bestias aquí

(A Jeroma.)

Y tu, mujer trapacera,
¿por qué le hiciste pasar
por señora? voy á armar
contigo una pelotera!

JEROMA.

Porque fué equivocación,
señorito, lo aseguro.

JOSÉ.

Como estaba tan *escuro*...

JUAN.

¡Calla tunante!

JOSÉ.

(Arrodillándose) ¡*Predón!*

JUAN.

(Indignado)

¡Qué burlada fué la cita!
El furor en mí se inflama,
este animal ser la dama,
mi sangre al verle se irrita,
y salgo fuera de quicio.
Si no te marchas José,
voy á darte un puntapié...!!

(Trata de ejecutarlo, lo impide Jeroma. Ésta se rie
á carcajada. José se levanta.)

(A Jeroma)

¡Jeroma, que pierdo el juicio!
Hace tiempo lo ha perdido,
¡Si ese galopin...!

JEROMA.

JUAN.

(Amenazando á José)
JOSÉ. (Suplicante) ¡Señor!...
JEROMA (A José)
¡Vetel pasará el furor.
JOSÉ. (Marchándose por el fondo)
¡Caro me salió el *antruido!*

ESCENA ÚLTIMA

JUAN.—JEROMA.—y después MAGARITA y D. DIEGO
(Jeroma se aproxima hácia el balcón, con el fin de cerrarle; pero se detiene mirando á la calle.)
JUAN. (Paseando desesperado)
¡Qué traidora mascarita!
mi amor burlado, ¡qué ultraje!
(Se siente el ruido de un carruaje que pasa por la calle.)
JEROMA. ¡Ha parado un carruaje!
(Juan sobresaltado se acerca á Jeroma. Ésta se retira del balcón y se dirige á la puerta del fondo.)
JUAN. ¡Mi padre!
JEROMA. Con Margarita.
JUAN. ¡Santo Dios! ¡si lo supiera!
(Se pasea agitado)
(Jeroma corre hácia el fondo)
D. DIEGO. (Desde dentro)
¡Brotá en mí la indignación!
¿por qué no fué á la Estación?
(Entrando por el fondo)
¿Dónde está ese calavera?
(Entran por el fondo D. Diego y Margarita en trajes de viaje.)
(Juan turbado se apresura á saludarles.)
JUAN. ¡Padre mio! ¡Margarita!
(Margarita le mira fijamente)
(¡Qué manera de mirarme!)
MARGARITA. (A Jeroma)
Vuelve Jeroma á besarme.
(Se besan con cariño)
JUAN. (Admirado)
(¡La voz de la mascarita!)
(D. Diego se acerca indignado á Juan. Éste baja la cabeza).
JEROMA. Ven, hija mía te beso!

(A D. Diego)

D. DIEGO Le aconsejo la prudencia.
Se me agota la paciencia.

(A Juan)

¿Pero tu has perdido el seso?
¡No has bajado á la estación!...

(Cogiéndole por un brazo)

JUAN. ¡Ven! calavera, mal hijo!
MARGARITA. (Una repulsa, de fijo!)

(Suplicando)

Merece padre el perdón.

(Juan mira con cariño y fijeza á Margarita)

JEROMA. (A D. Diego)

Tenga usted calma, señor!

MARGARITA. (¡Con qué fijeza me mira!

JUAN. Estaba enfermo...

D. DIEGO. (Colérico). ¡Mentira!

JUAN. (¡Si estoy enfermo de amor!)

D. DIEGO. (Con sátira)

¿Como la sabes urdir?,
á fé nunca lo creyera
si yo mismo no lo viera,
¡tanta audacia en el mentir!
Como has pasado la noche
en continuado jaleo...
estás malo, ya lo creo...
el barullo y el trasnoche...

JUAN. (Confuso)

(¡Dios mio se lo han contado!)

¿Qué pensará Margarita?

D. DIEGO. (Con sarcasmo).

¿Qué tal Juan, la mascarita?

JUAN. ¡Qué buen bromazo te ha dado!
(De vergüenza yo me muero.

Ese sarcasmo me aterra.

¡Ábrete y trágame tierra!)

MARGARITA. (Con dulzura, á D. Diego)

No sea usted tan austero
y juzgue con tal rigor
y con severa acritud,
faltas, que en la juventud
son dispensables señor.

JUAN. (Es un ángel ¡qué bonita!
pero ese acento me mata
es la voz de aquella ingrata!)

(A Margarita)

Adorada Margarita,
¿cómo pagar tal bondad?

JEROMA

(A D. Diego)

Ha de sentar la cabeza.

(D. Diego y Jeroma, siguen conversando en voz baja)

MARGARITA.

(A Juan)

No obrando con ligereza,
teniendo formalidad.

JUAN.

(Asombrado)

(¡Pero esa voz, ese acento!)

DON DIEGO.

(A Margarita)

¡Pronto das la absolución!

MARGARITA.

(A D. Diego)

Ya le he dado una lección
que le sirva de escarmiento.

(D. Diego y Jeroma, conversando en voz baja se apartan á un lado, paseando por la escena)

MARGARITA.

(Cojiendo una mano á Juan)

Al volar de flor, en flor,
en la vida sin conciencia,
ansiando aspirar esencia,
se aspira á veces dolor,
y tambien la flor hermosa,
oculta en su níveo seno,
el mortífero veneno;
y la fugaz mariposa,
volúble en su loco vuelo
besa de la flor las galas,
más quebrándose las alas
dá envenenada en el suelo.

(Con dulce reconvencción)

Con ansiedad se agitaba
cual si fuese un torbellino,
por el salón del casino,
anoche un jóven, volaba
tras un blanco dominó

(Con sentimiento)

cual mariposa aturdida,
por él, á su prometida
en un instante olvidó.

JUAN.

(Con vehemencia.)

¡Olvidarte! ¡Margarita!

- ¡qué idea, qué ofuscación!
¡si eres mi única ilusión!
MARGARITA. ¿Y entónces la mascarita?
- JUAN. (Queriendo olvidar)
¡No me hables de ella más, nó!
- MARGARITA. ¿Tan pronto la has olvidado?
- JUAN. (Con indiferencia)
¡Pero si nunca la he amado!
- MARGARITA. (Con grave resolución)
!La mascarita era yo!
- JUAN. (Asombrado y aturdido)
¡Tú! por Dios, la razón pierdo
(Mirándola fijamente)
¡Qué ideal ¡aquél antifáz
negro!...
- MARGARITA. ¡Ocultaba mi faz!
- JUAN. (Cogiéndola las manos, con vehemencia)
¡Esa voz! ¡ahora recuerdo!
- MARGARITA. (Con reconvención)
Me pediste una cita.
Y la florera murciana,
que estubo aquí esta mañana,
era también, ¡Margarita!
- JUAN. (Confuso y aturdido.)
No sé explicarte qué siento.
me anonado, me confundo,
y mi pesar es profundo,
grande mi arrepentimiento.
Perdona mi iniquidad,
(Se arrodilla.)
que soy indigno de tí.
- MARGARITA. (Dirigiéndose á Don Diego y á Jeroma.)
Los dos se acerquen á mí.
(A Juan.)
¡Levanta Juan!
- (Juan se levanta y besa la mano de Margarita,
D. Diego y Jeroma se acercan.)
- JUAN. ¡Que bondad!
- DON DIEGO Venid, los dos á mis brazos,
(Juan y Margarita le rodean.)
Dios os de su bendición,
que solo tan santa unión
haga la muerte pedazos.
(A margarita con cariño)
¡Premie el cielo tu virtud!
(Con cariño á los dos.)
y que unidos siempre os vea.

JUAN.

(Dirigiéndose al público)
Y mi falta espejo sea,
de la incauta juventud.

JEROMA.

(Adelantándose hácia el público)
A mi hablar me toca ahora,
Al público en conclusión,
le ruego de corazón,
un aplauso dé á la autora,
perdonará su torpeza,
si se le otorga clemente.
Señores, tengan presente,
que es esta su primer pieza.

TELÓN

